

Jennifer 1

Autor: Sylvia

Categoría: Amor / Románticos

Publicado el: 28/09/2017

Su nombre era Jennifer, al menos por lo que decía la nota, y le apetecía hablar. A continuación, en pequeño y con tres interrogantes le preguntaba si estaba dispuesto a seguir con la conversación en el futuro. Era todo tan extraño. Volvió a comprobar el contenido de la pequeña nota amarilla, que a todas luces y por las irregularidades de los bordes había sido arrancada con prisa de una libreta, para ser colocada justo debajo del posavasos blanco, que la camarera usaba para servir la taza de café con leche con extra de azúcar y una fina capa de cacao espolvoreado: el mismo de cada mañana. Buscó a su alrededor una mujer que pudiera insinuar llamarse Jennifer pero sólo se encontró con la señora María Pepa entrando en el cuarto de baño y aparcando el carro de la compra a un lado en la pared. El Tiramisú era su cafetería de confianza, no simplemente porque servía los mejores cafés de toda Barcelona sino también porque estaba justo delante de las oficinas donde trabajaba. Era un pequeño negocio familiar de barrio en el que asiduamente acudía la misma clientela que se conocía tras años de convivencia vecinal: un lugar donde saludarse y chismorrear. Volviendo al tema de la nota, dirigió la mirada a la calle. La mesa que siempre ocupaba estaba junto al escaparate: le gustaba entretenerse con la actividad diaria de los transeúntes. Echó un ojo arriba y abajo de Paseo de Gracia buscando una mujer joven. Debía serlo, llamándose Jennifer. Pero no veía más que coches fluyendo de un lado a otro y turistas con mapas y cámaras. No la encontraba. No estaba por ninguna parte. Volvió a mirar el pedazo de papel de caligrafía circular muy femenina. Oía a manzana. ¿Usaría colonia de manzana? Reflexionó dos veces: aquello no debía ser más que una equivocación o una broma. Cogió la taza de café y se la pegó a los labios, volvió a pensar en ello, esbozó una sonrisa incrédulo y negó con la cabeza. «Lo mejor será que me olvide», se dijo, limpiándose los labios, arrastrando la silla hacia atrás y dirigiéndose a la barra con las monedas en la mano para pagar. Sin duda, olvidarlo era lo mejor.

Al día siguiente Pablo volvió al Tiramisú. Más hambriento de lo habitual, aprovechó el camino para reflexionar si prefería cruasán o madalena. Un dilema estúpido pero que le traía de cabeza. Al llegar, Teresa subía las persianas para abrir. Volvió a comprobar el reloj de muñeca. Era inusual que llegara antes, siendo un obseso de la rutina y el control. Volvió a reparar en ella, nunca la había visto con ropa de calle pero debía admitir que se veía bonita, algo que no hubiera podido imaginar antes siempre con el delantal. Lo miró de reojo y la saludó con una sonrisa forzada. Cuando pudo entrar sintió urgencia por ir al baño. Se quitó el abrigo, lo colgó en el respaldo de la silla y se fue corriendo. Al regresar Teresa ya le estaba sirviendo el café con leche de cada mañana y debajo del posavasos se veía la punta de un folio amarillo medio escondido. Era otra

nota y esta vez decía: «Suelo verte en la cafetería y siempre me pregunto cuál es tu nombre».

Pablo volvió a comprobar si había alguien escondido alrededor, pero nada. Tal vez era una chica tímida como él incapaz de hablarle a la cara. Por escribir notas no pasaría nada, se dijo para convencerse de sacar un bolígrafo del maletín y reponderle en el dorsal del folio: «Mi nombre es Pablo. Un placer.» Su caligrafía no era ni tan impecable ni artística como la de ella pero la entendería. Eso esperaba. Sentía curiosidad por la tal llamada Jennifer.

A la mañana siguiente llegó a su hora habitual. De mejor humor que nunca, estaba entre nervioso y ansioso por si la mujer le había contestado. Pero su desconfianza adquirida tras un divorcio traumático le conminaban a que mantuviera la calma y no se ilusionara con nadie, incluso con una mujer inocente en apariencia. Siguiendo las pautas propias de su rutina, volvió a actuar como cada mañana. Teresa sólo verle ya le estaba preparando el café y espolvoreando el cacao y Pablo se frotaba las manos sudadas, expectante. Cuando vio a la camarera acercársele con la taza en la mano se percató que debajo del posavasos también sujetaba la nota para dejarla directamente, una debajo de la otra, sin que se diera cuenta. Teresa no comentó nada al respecto y Pablo se preguntó hasta qué punto era cómplice. Tras un «que aproveche» dio media vuelta y volvió a sus tareas habituales. El hombre estiró un brazo para llamar su atención pero la curiosidad de saber con qué se encontraría aquella mañana le obligó a posponer lo que tenía en mente. Extendió esta vez un folio blanco más grande y leyó.

Su nombre era Jennifer, de apellido aún desconocido, trabajaba en la biblioteca de la facultad de Geografía e Historia cerca del Raval y también iba al Tiramisú especialmente por el café. El próximo mes cumplía los treinta y tres, y le encantaban los perros y los periquitos. Su color favorito era el naranja y le encantaba pasear por la playa en invierno. Vivía sola de alquiler y su familia era originaria de Granollers. Su pasión era la pintura y por ello había empezado la carrera de Historia del Arte pero la había dejado a la mitad porque su madre había enfermado y había vuelto a casa a cuidarla.

Daba el efecto que tenía prisas para que conociera cada aspecto de su vida. También cabía la posibilidad de que todo fuera mentira... Dejó el folio encima de la mesa y se frotó el mentón con la mano mientras que con la otra sacaba el bolígrafo del bolsillo interior de la americana y jugaba con él a deslizarlo entre los dedos. Se cruzó de piernas y se preguntó, en primer lugar, qué podía contarle de su vida, y en segundo lugar, si quería seguir jugando a aquel juego. Frustrado, se llevó las manos a la cabeza y escribió lo primero que se le vino en mente: «También me gusta pasear por la playa en invierno pero no soy gran amante de los animales. Son escandalosos. Me gradué en Marketing pero trabajo en la centralita de una famosa distribuidora de refrescos. También me gusta el café del Tiramisú. Podemos tomarlo juntos». Se había arriesgado. Había dado el paso para continuar aquella amistad de manera convencional. Era posible que le rechazara, pero fin de cuenta no era una pregunta más bien una sugerencia.

Continuará ;)

Más en: www.blackinspiration.es

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Sylvia](#)

Más relatos de la categoría: [Amor / Románticos](#)

Muchos más relatos en: cortorelatos.com